

Benito Juárez

***Documentos,
Discursos y Correspondencia***

Tomo 10, capítulo CLXXVI

Selección y notas de
Jorge L. Tamayo

Edición digital coordinada por
Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva

Tomo revisado y anotado por
Carlos Sánchez Silva

Versión electrónica para su consulta
Aurelio López López



Año 2006

Tomo 10, capítulo CLXXVI

**Anotado y revisado por
Carlos Sánchez Silva
(UABJO)**

**con la colaboración de
Maira Cristina Córdova Aguilar**

Capítulo CLXXVI

**Matías Romero defiende su política;
Santa Anna llega a Nueva York**

Abril a junio de 1866

CAPÍTULO CLXXVI

MATÍAS ROMERO DEFIENDE SU POLÍTICA; SANTA ANNA LLEGA A NUEVA YORK

Abril a junio de 1866

A fines de marzo, el presidente Juárez escribe a Matías Romero dos comunicaciones, una del 23 y otra del 30, las que no hemos podido localizar; con la franqueza que es habitual en él, hace a nuestro representante en Washington observaciones sobre la política que está desarrollando ante el gobierno de los Estados Unidos.

Matías Romero se apresura a contestar, dos días después de haber recibido las mencionadas cartas, en una larga comunicación personal al señor Juárez. Explica la táctica seguida en sus relaciones con el departamento de Estado y trata de hacerle ver la realidad de la situación.

Considera que es necesario que el gobierno de los Estados Unidos esté enterado con oportunidad de lo que ocurre, para que sienta la presión del gobierno republicano; es por ello que Romero frecuentemente le transcribe comunicaciones que recibe de México. Si se limitara a transmitir los documentos o notas enviados por el ministerio de Relaciones Exteriores serían extemporáneas, por el largo tiempo que requiere su envío.

Además, hace notar que el gobierno estadounidense raras veces hace preguntas respecto de los problemas de México y que, si se limitara a responder, muy escasas serían sus comunicaciones con el gobierno de los Estados Unidos.

También, en relación con el envío de copias de comunicaciones y documentos, le hace saber que no pudiendo, como ministro diplomático, tener relaciones oficiales con el Congreso, por conducto del departamento de Estado logra que los diputados y senadores se enteren

de informes que la prensa diaria no da a conocer; además, entra dentro de las costumbres administrativas del gobierno estadounidense la publicación de estas noticias.

Creemos que Matías Romero tenía razón, pues encontró la forma eficaz de informar al pueblo de los Estados Unidos y a la vez presionar a su gobierno. Los resultados fueron visibles, sobre todo en el curso de 1866 y primer semestre de 1867, en que hizo crisis el imperio y se derrumbó

Sin embargo, Juárez no parecía muy convencido de la argumentación de Matías Romero; al pie de esa carta escribe de su puño y letra el párrafo que reproducimos en seguida, porque representa una valiosa opinión respecto a cuáles deberían ser las relaciones entre México y los Estados Unidos en esa época y que nos parece que es posición valedera en nuestros días: "Que al gobierno americano, como amigo, no se le debe cansar con lo que es sólo de nuestro interés y, como a poderoso, se le debe tratar con tal delicadeza, que nada debemos hacer que en lo más mínimo indique algo de humillación en nuestra causa".

Al iniciarse mayo, nuevamente Romero escribe a Juárez otra carta personal en defensa de su política diplomática; insiste en que es absolutamente necesario, para el eficaz ejercicio de sus funciones, que se le deje obrar a discreción frente al gobierno de los Estados Unidos.

Se siente tan incómodo, que nuevamente el 10 de mayo escribe a Juárez y le dice que por lo pronto ya no volverá a informar a los Estados Unidos de los sucesos del interior de la República, mientras no obtenga respuesta a las cartas anteriores; pero agrega, es la forma franca y enérgica que él está acostumbrado a usar con el gobierno, que no quedará satisfecho "si usted no me deja la discreción que creo debo tener en este negocio, que no me parece de importancia".

El empresario de las diligencias en el norte del país, Sr. Collado, en 1863, cuando el gobierno abandonó la ciudad de México, tuvo la suficiente decisión para pedir instrucciones al Presidente de la República sobre lo que debería hacer; estaba resuelto, si el gobierno lo creía conveniente, a suspender el servicio de diligencias, eficaz medio de comunicación de la época.

Con muy buen sentido, Juárez le autorizó para que continuara dando este servicio, toda vez que, si en ello recibían beneficio las tropas invasoras, era mayor el daño que se produciría a la población si se suspendía.

A fines de abril el Sr. C. Collado escribe al cónsul de México en Nueva York pidiéndole le haga ver al Sr. Juárez que su servicio de diligencias se ha sostenido conforme a sus instrucciones; pero ahora, ante el avance de las tropas republicanas del norte, ha empezado a tener problemas y dificultades con los jefes militares, probablemente porque ignoran la razón de que haya continuado dando servicios. Parece muy interesante esta comunicación, porque muestra la sensatez y buen juicio de Juárez.

Al fin el general Carbajal se resuelve a volver a Tamaulipas, convencido de que el gobierno general ya no tiene interés de que permanezca en los Estados Unidos. Así se lo comunica el gobierno en su carta fechada en Nueva York y, a la vez, critica la decisión de dejar asuntos financieros en manos de Matías Romero.

Ante el indiscutible derrumbamiento del imperio y del avance triunfador del ejército republicano en diversas zonas, en dirección al centro del país, Juan A. Zambrano le hace notar al presidente Juárez que, simultánea a la atención de la lucha patriótica, es necesario pensar ya en los futuros problemas políticos que se presentarán en los próximos meses, principalmente por la actividad de González Ortega reclamando la Presidencia de la República.

El Gral. Sánchez Ochoa también se queja de Matías Romero, con el que no pudo entenderse en relación con el negocio que había iniciado con el Gral. Freemont para obtener un préstamo. Los acontecimientos posteriores demostraron que Matías Romero tenía razón al oponerse al negocio iniciado por dicho general.

Como si no fueran suficientes los problemas del gobierno por derrocar al imperio y arrasar al ejército invasor, Antonio López de Santa Anna, pensando que en río revuelto podría pescar, se presentó inopinadamente en Nueva York, anunciando que venía con el propósito

de establecer comunicación con el gobierno republicano, a quien reconocía y a ponerse a sus órdenes para combatir contra el imperio.

Inmediatamente Romero tuvo que saltar, a la par con la prensa, para demostrar que era falso que Santa Anna estuviera de acuerdo con el gobierno republicano.

El 15 de mayo, el grupo de mexicanos residentes en Nueva York publicó, e imprimió, una protesta que circuló ampliamente en el país, en la que se rechaza a este personaje, calificándolo de odioso tirano, indigno de confianza.

El 21 de mayo, Santa Anna envía al ministro Matías Romero una comunicación ofreciendo sus servicios al gobierno republicano, desde Elizabet Port, poblado cercano a Nueva York y en la ribera opuesta del Hudson.

La llegada y la actitud de Santa Anna pone en movimiento a los mexicanos; Santacilia en carta de ese mismo día relata a Juárez todas las peripecias y problemas que provoca.

No tarda muchos días Matías Romero en contestar con una sesuda y razonada carta a Santa Anna; le recuerda que, cuando ocupó la Presidencia de la República, promovió el establecimiento de una monarquía y que en los últimos años dio su apoyo y reconoció a la intervención francesa y al régimen imperial establecido; que, por sus antiguas vinculaciones con el partido conservador, podría suponerse de que tuviera interés de promover un movimiento que trajera como consecuencia levantar una bandera y crear nuevas divisiones. Por esta circunstancia y otras más, considera que la respuesta sólo la puede dar el Presidente de la República, a quien ya informó y que, mientras tanto, le suplica no emprenda ninguna acción.

Esta comunicación, tan luego llega a manos del gobierno, es contestada por Sebastián Lerdo de Tejada, el 16 de julio, aprobando la respuesta de Matías Romero y, después de agregar algunas razones más para fundamentar la decisión, concluye señalando que "el Presidente de la República no cree, de ningún modo compatible con sus deberes, admitir la oferta que el Sr. Santa Anna ha querido hacer ahora de sus servicios".

Santa Anna, mientras tanto, sin esperar la respuesta, lanza el 5 de junio en Elizabet Port un manifiesto dirigido al pueblo de México, en él ofrece sus servicios en la lucha contra el imperio y expone razones tratando de justificar su posición actual.

El club de mexicanos de Nueva York, presidido por Francisco Zarco, al que acompaña como secretario Cipriano Robert, hace público, el 20 de junio, una larga declaración en que analiza párrafo por párrafo el mencionado manifiesto. Tanto porque la proclama de Santa Anna se limita a refutar lo que la comunicación de Matías Romero le señaló, como porque sus partes fundamentales son reproducidas por la declaración del club de mexicanos, en este volumen únicamente aparece el documento suscrito por Zarco y Robert.

Para quienes conocemos el estilo de Zarco, identificamos inmediatamente en este documento su prosa, su espíritu analítico y su método expositivo.

Como si se tratara de un editorial periodístico, en este caso muy amplio, se comenta el manifiesto de Santa Anna, párrafo por párrafo y, de esta suerte, el lector podrá conocer las afirmaciones del antiguo dictador y los comentarios acres, duros y francamente hostiles de los mexicanos residentes en Nueva York, que con justa razón se consideran voceros de la opinión pública republicana.

Señalan que la característica principal de la conducta de Santa Anna ha sido la falta de lealtad, por lo que no debe sorprender que se vea con desconfianza el ofrecimiento de sus servicios y que sería preferible que se abstuviera de participar en la lucha contra los invasores.

También señala que esta repulsa no es porque se vea en Santa Anna un rival terrible, ni un estorbo para las aspiraciones legítimas de los republicanos, sino porque sus servicios no son necesarios, sino acaso perjudiciales, porque se debilitaría en la causa republicana la autoridad moral que ha podido sostener hasta la fecha.

Da fin a este capítulo una amplia carta en que Matías Romero defiende con vigor y energía su táctica política frente al gobierno de los Estados Unidos.

Seguramente Juárez recibió la carta de Romero de 27 de abril, un mes después, anotando en ella al calce las frases en que resume la actitud que su gobierno debe tener frente al del país vecino.

Probablemente con esas ideas redactó una carta el 25 de mayo que Romero contesta el 26 de junio. Refuta con vigor y por el tono de la carta se deduce que no está dispuesto a modificar esa táctica que considera conveniente y adecuada.

El documento, independientemente del tema que discute, muestra el alto nivel de las relaciones de Juárez con sus funcionarios. Había discusión, respetuosa y atenta; los funcionarios responsables estaban conscientes de su posición y reclamaban el derecho de tomar participación en las decisiones.

DOCUMENTOS

Abril a junio de 1866

MATÍAS ROMERO EXPLICA SU TÁCTICA DIPLOMÁTICA;
JUÁREZ LA COMENTA EN FORMA LAPIDARIA

Washington, abril 27 de 1866

Sr. don Benito Juárez
El Paso (del Norte)

Muy estimado amigo y señor mío:

Me propongo contestar en esta carta las dos de usted de 23 y 30 de marzo próximo pasado, que llegaron anteayer a mis manos y de las que le acusé recibo ayer.

He mantenido y seguiré manteniendo, según usted me encarga, una neutralidad completa en las diferencias entre el presidente y el Congreso. Desde el principio conocí que ese era el único camino seguro que teníamos para que nuestros intereses no sufrieran mucho en virtud de tales diferencias.

El disgusto de Mr. Seward por la nota que le dirigí en cumplimiento de las instrucciones que recibí del Sr. Lerdo, sobre la entrega del archivo de nuestro consulado en La Habana, no duró mucho, según vería usted después. Mr. Seward, en efecto, ha estado más atento y complaciente con nosotros desde entonces, de lo que antes lo había sido. La venida de la señora de usted a esta ciudad le presentó la ocasión de hacer lo que antes no había hecho.

Además, conmigo personalmente ha estado muy cordial. Si la nota que le mandé, trasmitiéndole una del Sr. Lerdo que fue escrita sin intención de que se le comunicara, sobre el negocio del expreso, lo disgustó en algo, el disgusto le pasó y nosotros conseguimos dejar consignado un hecho que conviene a los intereses de nuestra patria,

quede consignado de esa manera. Tal vez haya parecido a ustedes poco discreto en mí el haber comunicado tal nota a Mr. Seward; pero creo que en este punto yo podría apreciar mejor las circunstancias por estar sobre el terreno. Si se me volviera a presentar el caso, como entonces se me presentó, volvería a hacer lo mismo, a no ser que se me mandaran órdenes específicas de no hacerlo.

El punto de la carta de usted que más me ha llamado la atención es en el que me recomienda el que no dirija yo más comunicación a este gobierno que las que se me prevenga por el ministerio de Relaciones. La circunstancia de que me repite usted esto mismo en sus dos cartas y de una manera muy especial en la posdata que le puso el 30 de marzo a la segunda, me hacen creer que ha meditado usted bastante sobre este punto y que le da usted grande importancia. Nada sería más fácil para mí que hacer eso, pues así se disminuiría muy considerablemente el trabajo que tengo; pero creo que de hacerlo así padecería el interés de nuestra causa, a lo menos de la manera que yo lo entiendo.

Uno de los puntos en que he tenido más empeño, durante nuestra guerra con Francia, es el dejar consignados todos los datos necesarios para la historia de ella, en un lugar de que podrán ser más fácilmente sacados que de nuestros archivos; esto es, en los archivos de este gobierno. Por este motivo he tenido empeño especial en transmitir al departamento de Estado cuanto documento ha llegado a mis manos que prueba la justicia de nuestra causa o los hechos heroicos de nuestro pueblo. Además, de esta manera este gobierno tendrá a la mano todos los datos necesarios cuando llegara el caso de que se ocupara de la cuestión. Este resultado apenas se conseguiría si tales documentos no se imprimieran y por ese motivo he tenido también cuidado en que cada año se imprima esa correspondencia y cuando se acabe lo que está ahora en prensa tendremos cinco volúmenes.

Esto me ha costado mucho trabajo, muchos pasos y mucho tiempo. Nuestros amigos atribuyen grande importancia a esos trabajos. Me parece que a usted le han disgustado supuesto que me dice usted que no dirija más notas que las que se me mande envíe yo a este gobierno. Si me ocupara yo en mis notas a Mr. Seward de descubrir cuestiones abstractas

con los Estados Unidos, cuya discusión pudiera producir muchos inconvenientes sin ventaja ninguna, comprendería yo la indicación de usted pero, cuando esto no es así, no comprendo cuál sea el motivo que tuvo usted para hacerme tal recomendación.

Me dice usted, refiriéndose especialmente a mis informes sobre los sucesos que tienen lugar en la República, que no los comunique yo a este gobierno, más que cuando me lo pida el presidente o el Congreso. Esto equivaldría a no comunicarlos nunca, pues yo no puedo tener relaciones con el Congreso y el gobierno nunca me ha pedido informes sobre ninguno de los sucesos que han tenido lugar en la República, ni es probable que me los pida en lo futuro.

Si espero, para comunicar algunos de los sucesos que ocurran, a que me vengan órdenes del gobierno, además de que no tendrían interés mis informes cuando llegara a hacerlos por la dilación que en esto habría, no podría comunicarme mucho de lo que nos interesa que se sepa aquí oficialmente por el gobierno.

En cuanto a la cuestión presidencial me ha movido las mismas razones que respecto a los informes sobre otros puntos. En este asunto y tratándose de usted personalmente, no he tratado de hacer nada por usted que no sea en provecho de la causa. Cuando una persona llega a estar tan identificada con una causa, como usted lo está con la de la independencia de México, no es posible olvidarse de ella y lo que redunde en provecho de la causa tiene que afectar a la persona que la representa. En lo que pueda ser considerado por algunos como personal, más que otra cosa, tendré cuidado de no decir ni mover nada, tanto para satisfacer el sentimiento de exquisita delicadeza de usted, como para que no se crea ni remotamente que usted indica esos trabajos o que yo los hago con el único objeto de complacer a usted.

Deseo que me haga usted favor de ser más explícito sobre este punto. Si a pesar de estas observaciones creyere usted que no debo dirigirme a este gobierno más que cuando reciba instrucciones de hacerlo, le suplico que me lo diga oficialmente para dejar consignado el motivo por qué cambié de conducta. Entretanto dirigiré al departamento de Estado solamente las notas que me parezcan de necesidad.

Agradeceré a usted mucho que tome en consideración este punto y me diga lo que piense, de manera que no me deje en duda sobre lo que desee usted, pues mientras no conozca yo bien sus ideas me sentiré bastante embarazado.

Creo que si tiene usted confianza en mí y si le parece a usted que no procuro más que el bien de la causa y que procuro meditar mis actos, debe dejarme alguna discreción, para que haga lo que me parezca conveniente en circunstancias que ustedes desde México no pueden apreciar como lo apreciarían si estuvieran en este país.

En negocios graves y de trascendencia no sólo deseo sino que pido instrucciones precisas que deban regir mi conducta; pero en las comunicaciones que deba yo dirigir a este gobierno, comunicando lo ocurrido en la República, creo que no son tan necesarias éstas. Yo soy tan celoso de la honra y buen nombre de la nación como el que más y nunca haré a sabiendas nada que redunde en detrimento de una u otro.

No he hablado a Mr. Seward más que una vez del negocio del préstamo y no le volveré a hablar a no ser que él me promueva conversación o que yo reciba instrucciones de hacerlo. En el Congreso no he manifestado interés porque pase la resolución sobre garantía de nuestro préstamo y tampoco la manifestaré en lo futuro. Con el nuevo giro que han tomado las cosas me parece más difícil el que tal resolución se apruebe y procuraré cerrar los negocios pendientes, aunque Mr. Tiffit cree que es seguro que la resolución parará. En ninguno de los arreglos que he hecho he prometido nada que haya de darse en caso de que no pase la resolución, de manera que no perderemos nada.

Me he extendido más de lo que pensaba. He tenido que escribir muy de prisa y temo no haber expresado mis ideas con la suficiente claridad.

Mañana volveré a escribir a usted y hoy me repito su afectísimo amigo atento y seguro servidor.

Matías Romero

[Nota hológrafa de Juárez al calce]

Que al gobierno americano, como amigo, no se le debe cansar con lo que es sólo de nuestro interés y, como a poderoso, se le debe tratar con tal delicadeza, que nada debemos hacer que en lo más mínimo indique algo de humillación de nuestra causa.

ACTITUD DE JUÁREZ
FRENTE AL SERVICIO DE DILIGENCIAS

México, abril 29 de 1866

Sr. don Juan N. Navarro
Nueva York

Querido amigo Juan:

Por falta de tiempo y de asunto no he escrito hace un siglo; pero como tú no eres hombre de cumplimiento ni exterioridades, estoy seguro que no has sentido de mi silencio.

Ahora lo rompo para darte una encomienda que sabrás cumplir y disimular.

Cuando el Sr. Juárez y el gobierno republicano salieron de esta capital en 1863, tuve con aquel magistrado varias conferencias, una de ellas ante algunos de sus ministros y del amigo Zarco. Le expuse que si no convenía o no agradaba a su gobierno que yo mantuviera las líneas de diligencias en corriente o las extendiese, se sirviera manifestármelo con franqueza para ver qué medida tomaba yo con tanto animal de dos y cuatro patas como estaba manteniendo mi acendrada empresa. El Sr. Juárez y sus ministros no solamente me autorizaron entonces mantener y difundir mis líneas por todo el país, sino que encarecidamente me pidieron que a cualquier sacrificio las sostuviera en todo tiempo y me ofrecieron dar, además, como de hecho se dieron, las órdenes para que todas las autoridades civiles y militares las respetasen, amparasen, etc., tanto que el amigo Berriózabal, ministro de la Guerra, vino pocos días después desde San Luis (Potosí) a Querétaro para destituir a Garza, entre otras causas por haber ocupado y llevádose a este último punto las líneas

de Toluca, cuyos carruajes, animales y arneses el buen Felipe hizo restituir *incontinenti*. Estos son hechos públicos; tengo aún constancia oficial de las órdenes y, sobre todo, sabes que no acostumbro a mentir. Por consecuencia, me creerás en lo que voy diciendo como si leyeras a San Lucas.

Pues bien: por efecto de tal autorización mantuve mis líneas establecidas y prolongué la de San Luis (Potosí) al Cedral primeramente y después a Monterrey, con la mira de acercarla y extenderla hasta Matamoros. Nada o poco tuve que sentir en un principio de las fuerzas republicanas de aquel rumbo; pero después me han dado algunas emociones desagradables: han tomado mulas y carruajes, devueltos después de algún tiempo en virtud de no poca mosca aflojada; ha habido interrupciones largas y por último no han escaseado amenazas y peligros, que todo junto me ha semiarruinado y pleniaburrado, en aquella línea larga, trabajosa y de suyo improductiva. Con excepción del Sr. Escobedo que ha tenido algunas consideraciones y cumplido sus ofertas, hasta tengo que sentir de los demás jefes y temo que no me dejen en paz.

Así que te molesto rogándote que escribas a tu gobierno suplicando comunique a todos los jefes militares o militantes de aquel rumbo la orden o recomendación de que permitan el curso de las líneas de diligencias a no ser que las operaciones de la guerra exijan alguna interrupción momentánea y ésa dispuesta por los jefes superiores, no por cualquier inferior; de que respeten los animales de la empresa y auxilien o protejan a ésta en cuanto de ellos dependa, todo en conformidad con las disposiciones de 1863 a que al principio me referí.

Por supuesto que no quiero ni me conviene que el Sr. Juárez haga mérito de los tropiezos y hechos ya pasados, ni que haya asomos de recomendación, sino que más bien sean sus órdenes o recomendaciones preventivas y precautorias de desmanes futuros. En fin, tú conoces el terreno y harás la maniobra como buen práctico; así es que en este punto es ocioso que yo te diga una palabra más.

Un punto que creo presenta dificultades y éstas más bien aparentes, que es el de las valijas de correspondencia, que sabes no pueden menos de llevar las diligencias pero, por lo mismo, pueden los jefes militares

abrir las, recoger la correspondencia oficial o tomar alguna otra disposición que juzguen legal o conveniente. Una cosa que es pública y visible no debe importarles nada y sobran medios de evitar el mal que sospechen.

Por supuesto que, por parte de la empresa, seguirá habiendo, en achaque de política, la misma estricta neutralidad, mejor diré: abstención completa; así es que sin recelo puedes tú recomendar mi pretensión y el Sr. Juárez expedir sus órdenes en el sentido que llevo expuesto.

Si el benemérito Ramón Isaac viene, como me ha ofrecido, antes de cerrar esta epístola, la suscribiré ratificando y recomendando mi petición; en caso contrario, te escribiré por separado, ahora o en el siguiente paquete, recomendándote el asunto.

Gracias por mi parte por todo lo que hagas en él, que yo sé bien que será cuanto esté de tu parte.

Tu familia sigue recibiendo puntualmente las cartas que por mi conducto le envías y si en cualquier otra cosa quieres ocuparme, no hay sino poner manos a la obra.

Si tienes ocasión de ver o escribir al insigne e insurrecto bardo Prieto, hazle saber que el 25 pasó a mejor vida su pobre madre; en todo este tiempo nada faltó a la esperanzada señora más que alguna más frecuente correspondencia de su hijo; los años y la ausencia apresuraron el efecto forzoso de sus enfermedades. Por fortuna, no creo que Guillermo muera de la pesadumbre; ya le conoces.

Con que antes de que se me acabe el papel y te fastidie tanta parola, concluyo repitiéndome, con mencionar de todos los de este escritorio, tuyo afectísimo amigo, etc., etc.

C. Collado

ROMERO INSISTE EN DEFENDER
SU POLÍTICA DIPLOMÁTICA

Washington, mayo 3 de 1866

Sr. don Benito Juárez
El Paso (del Norte)

Mi muy querido amigo:

Ayer tuve el gusto de recibir su grata de 6 de abril próximo pasado. La inclusa para el Sr. Santacilia le fue entregada en esta ciudad pues aún permanece aquí conmigo. Incluyo a usted su respuesta.

Hoy debía haber ido a ver la tumba de Washington, pero, por hacer mucho aire y estar el río agitado, se determinó no ir.

Atenderé estrictamente las indicaciones de usted sobre el préstamo. En la semana próxima me consagraré a arreglar los diferentes incidentes que tienen relación con éste, pues en los días que quedan de la presente voy a ocuparme del negocio de Leese.

Hoy vino Mr. Wilkes a decirnos que estaba dispuesto a hacer el pago de los 50,000 pesos, siempre que yo conviniera en recibir el resto en libranzas a uno y dos años en vez de 6 y 12 meses, como antes habíamos convenido. Por haber hecho de esto una condición sine qua non, tuve que aceptarla. Creo que mañana recibiré el dinero.

En mi anterior escribí a usted detenidamente sobre los deseos de usted de que no dirija yo notas a Mr. Seward informándole el estado que guardan las cosas en la República. Espero la respuesta de usted a las observaciones que le tengo hechas. Ahora solamente creo conveniente repetirle que ni el departamento de Estado ni mucho menos el Congreso me pedirán informes sobre nuestros asuntos. Con el Congreso no tengo ni

puedo tener relaciones oficiales y el departamento de Estado tiene sus ministros y cónsules de quienes recibe informes y nunca los ha pedido ni es probable que los pida a las legaciones extranjeras. El esperar, pues, a que me las pida a mí, sería renunciar a toda esperanza de que presentemos nosotros nuestro lado de la cuestión. Yo doy a este punto mucha más importancia de la que parece tener porque me consta por experiencia el buen resultado que hasta aquí han producido mis trabajos, de los cuales por otra parte no sé que haya resultado nada que afecte de mala manera el decoro y dignidad de nuestra patria, de los que soy tan celoso como usted.

Carbajal ha venido a esta ciudad y está ya dispuesto a irse; pero tendré que darle algo para el viaje.

Me propongo incluir el dinero de Leese en esta forma: \$ 5,000 en pago de una libranza del ministerio de Hacienda en favor del Sr. Zubirán.

Pagar los alcances de la legación hasta la fecha.

Darle 1,000 pesos o \$ 1,200 a Carbajal para que se regrese.

Destinar \$ 2,000 a pagar pasajes de cosa de 20 o 30 jefes y oficiales que están pereciendo en New York y que están dispuestos a irse a la República.

Enviar a ustedes la mayor cantidad posible y dar alguna cosa a la familia de usted por cuenta de sus sueldos.

He preguntado aquí al Sr. Santacilia cuál es la situación pecuniaria de la familia y me ha dicho que mientras vienen unos 10,000 pesos de usted, que están depositados en San Luis Potosí, carecerán de recursos pero que, entretanto, él puede suplir lo que se necesite. A fin pues de que no llegue a faltar nada, me propongo abonar de tres a cuatro mil pesos.

La partida más considerable será probablemente la que destine yo a la legación y siento que sea así por estar yo en ella. Sin embargo, no podría hacerlo de otro modo. Llevo ya 14 meses de no recibir sueldo y no tengo ningún otro arbitrio para subsistir. Debo pues no solamente cubrir las cantidades que se me han suplido, sino también quedarme con lo necesario para vivir por lo menos otros seis meses, mientras mejora nuestra situación. Yo procuro gastar poco y en este último año no he podido ni dar una comida. Mis gastos sin embargo nunca me bajan de

1,000 pesos al mes. Sólo la casa me cuesta \$ 400 de renta y así todo lo demás. Me reduciría yo de buena gana a otra casa más humilde y quitaría el coche; pero esto cedería en descrédito y perjuicio nuestro. Todos los que ven que vivo ahora mejor que muchos diplomáticos europeos no pueden menos de creer que hay gran vitalidad en una República que puede sostener una legación como la que está a mi cargo.

Sin tiempo para más me repito de usted afectísimo amigo y atento y seguro servidor.

Matías Romero

ROMERO DISTRIBUYE CON MEDIDA
LOS REDUCIDOS RECURSOS ECONÓMICOS

Washington, mayo 5 de 1866

Sr. don Benito Juárez
El Paso (del Norte)

Mi muy querido amigo:

Ayer quedó al fin terminado el negocio de Leese, según comuniqué hoy oficialmente al Sr. Lerdo. Me entregaron libranzas sobre el banco de los Sres. Jay Cooke y compañía, de este comercio, por valor de 49,920 pesos en papel, cuyas libranzas presenté hoy. Desde luego cambié 10,000 pesos en certificados de depósito que envío hoy al ministerio de Hacienda. Siento mucho que no me haya sido posible mandar a ustedes mayor cantidad, pero por la distribución, que enviaré después, verá usted que he tenido muchos gastos a qué atender, algunos de los cuales son de mucha emergencia.

En seguida entregué al Sr. Santacilia, que aún permanece aquí con nosotros, \$ 4,000 por cuenta de los sueldos de usted, de lo cual también doy cuenta. Hubiera yo querido proporcionarle mayor cantidad a la familia de usted, pero creo que esa le bastará para vivir con desahogo mientras llegan los otros recursos que esperan de México, San Luis (Potosí) y Oaxaca.

Aún no he determinado cuánto abonaré a la legación. Ahora me ocupo de hacer pagos. Por el correo próximo enviaré ya la distribución de todo el dinero.

Ayer confirmó el Senado el nombramiento de Mr. Campbell, quien probablemente marchará dentro de poco para ésta.

Sin tiempo para más, me repito de usted afectísimo amigo y seguro servidor.

Matías Romero

ROMERO INSISTE EN QUE JUÁREZ
PRECISE SUS INSTRUCCIONES

Washington, mayo 10 de 1866

Sr. don Benito Juárez
El Paso (del Norte)

Mi muy querido amigo:

Ayer tuve el gusto de recibir la grata de 13 del próximo pasado abril.

La inclusa para el Sr. Santacilia se la envié sin dilación a Nueva York, para donde se fue, con su señora y niña, el lunes 7 del que cursa. Sé que llegaron sin novedad en el mismo día a aquella ciudad. En el mismo día salieron de Nueva York y llegaron a Washington las niñas Felicitas y Soledad, que vinieron con mi hermano Cayetano quien había permanecido en Nueva York, en la casa de la familia de usted, desde que se fue acompañando a la señora de usted.

Ayer fui con las niñas a enseñarles el Capitolio y en la noche las llevamos al teatro.

Procuraré que vean todo lo que hay aquí de notable.

Ayer pagué la libranza de \$ 5,000 girada por el Sr. Iglesias a mi cargo, de manera que la cantidad enviada al gobierno del negocio de Leese viene a ser de \$ 15,000. Hoy mando 1,000 al Gral. Carbajal para que se vaya a la frontera. He distribuido ya la mayor parte del dinero y me queda muy poco para pagar los pasajes de los oficiales que estén dispuestos a irse a la frontera.

El negocio del préstamo me está dando mucha guerra y muchas molestias, además de quitarme mucho tiempo. Lo cerraría yo

completamente si no fuera porque temo que se disgusten muchos de los que están interesados y que son ahora amigos nuestros.

Las pretensiones de Freemont son nada menos que insistir en la validez del contrato que firmó con él el Gral. Sánchez Ochoa.

Hoy pensaba yo ir a ver a Mr. Seward, pero anoche se fue para Nueva York. Estoy en muy buenas relaciones con él y con el presidente.

No volveré a enviar a este gobierno noticias de la República, mientras no reciba yo la repuesta de usted a las diferentes cartas que le he escrito respecto de este asunto.

Yo no quedaré satisfecho si usted no me deja la discreción que creo debo tener en este negocio, que no me parece de importancia.

Si usted me da sus razones para hacerme las recomendaciones que me ha hecho, tal vez lo veré de otro modo.

Sin tiempo para más, me repito de usted afectísimo amigo, atento y seguro servidor.

Matías Romero

CARBAJAL SE RESUELVE A REGRESAR A TAMAULIPAS

Nueva York, mayo 11 de 1866

Sr. Presidente don Benito Juárez

Mí querido amigo:

Desde Washington escribí a usted y le avisé de lo convenido con Romero. Ahora con nada cuento, según parece. Mis comunicaciones de ayer y hoy explicarán.

No imagino qué ventaja puede resultar a usted, ni creo que su intención haya sido que el Sr. Romero me despoje de todo elemento útil.

No han sido oídos mis informes y temo que resulten graves males. Mas nada puedo hacer sino obedecer. Luego que me llegue un miserable recurso que me promete Romero, \$ 1,000 en papel, me iré para Tamaulipas.

Soy de usted afectísimo amigo que besa su mano.

José María J. Carbajal

[Nota autógrafa de Juárez]

Que del modo que pueda regrese a Tamaulipas donde es necesaria su presencia.

ZAMBRANO APUNTA CON RAZÓN
FUTUROS PROBLEMAS POLÍTICOS

Nueva York, mayo 12 de 1866

Sr. presidente don Benito Juárez

Mi amigo y señor:

He recibido las gratas de usted de 29 de marzo y 12 de abril último, que me ocupo de contestar.

Lo que me dice en la primera me ha confirmado en lo que creía desde fines del año próximo pasado que nada podría hacer González Ortega y sus adictos; que no pueden ser más que los descontentos con el gobierno porque no les deja hacer lo que quieren, ni les da, de lo poco o nada que hay, lo que piden. Creo, señor presidente, que usted debe obrar con bastante energía con los alborotadores para evitar la guerra civil a la salida de los franceses, pues de lo contrario, los males serán graves y (González) Ortega y sus adictos parece que se cuidan poco de ello.

Yo no encuentro otra manera para evitar la guerra civil, que la de que el gobierno republicano tenga una fuerza propia con que pueda contener las aspiraciones de los descontentos y las de los diferentes jefes que en cada estado han sostenido con tesón la causa de la independencia y que por haber obrado discrecionalmente por tanto tiempo no quieran sujetarse al centro ni obedecer sus órdenes, si no es cuando hagan lo que les dé la gana, imitando con esto a Vidaurri en la frontera, a Doblado en Guanajuato, a González Ortega en Zacatecas y a Ogazón en Jalisco, a Vega en Sinaloa y a otros en diferentes estados. Esa fuerza propia es indispensable que exista antes del triunfo, para que vaya metiendo en cintura a todos y la moral se restablezca sin que corra mucha sangre, lo

que sería inevitable si después del triunfo se quisiera organizar. Me dirá usted que el gobierno no cuenta con los recursos necesarios para ello y que por falta de dinero no se hacen muchas cosas buenas, esto es muy cierto, pero puede ser que poco antes del restablecimiento del gobierno en la capital los pueda tener y pueda llevarse adelante la idea si se ha pensado con detención en ello para el momento oportuno.

Felicito a usted por los triunfos que en diferentes puntos han obtenido las fuerzas constitucionales y deseo que se repitan, lo que no es difícil en razón de que ya es tiempo y más con la actitud que ha tomado este país, que aunque no nos auxilia en fuerza física, sí lo hace con la moral que sirve de mucho cuando no se puede obtener la primera. Que pronto tenga el gusto de saber que marcha con su gobierno a Chihuahua con seguridad y que así pueda seguir para Durango y el interior.

Yo estoy en una situación fatal, me encuentro sin recursos, en razón que las limosnas de los amigos de la frontera, de que vivía, las han suspendido y les concedo mucha razón, pues cerca de 20 meses me han mantenido y se los agradezco sobremanera. En tal estado, no me queda otro recurso que ver cómo me traslado a la frontera del Bravo, donde algún amigo me dé un trabajo para no morir de hambre, entretanto veo en qué puedo servir a la causa de la independencia de mi país.

Si pudiera conseguir por allí algunos recursos, me trasladaría a donde está usted para tener el gusto de darle un abrazo y servirle de algo si fuera posible.

Consérvese usted con buena salud como lo desea su afectísimo amigo atento servidor q. b. s. m.

Juan A. Zambrano

SÁNCHEZ OCHOA SE QUEJA DE MATÍAS ROMERO

Washington, mayo 17 de 1866

Sr. presidente don Benito Juárez

Mí estimado amigo:

Después de muchas dificultades, por parte del Sr. Romero, se ha convencido que el gran negocio que hicimos, el Gral. Freemont y yo, es el que tiene todas las ventajas y probabilidades del más brillante resultado (y) ha firmado por fin el contrato que yo he celebrado con el Gral. Freemont y que tendrá usted a la vista dentro de cuatro o cinco días.

Puedo asegurarle a usted, mi buen amigo, que la salvación de México se está resolviendo en estos momentos en el capitolio; las dificultades que tenemos todavía que vencer son grandes, pero triunfaremos como hasta aquí; la más grande y la principal era el Sr. Romero, a quien hasta cierto punto le concedo razón, pues los hechos que han pasado y los que presentaré a usted muy pronto, colocan al Sr. Romero en su verdadero lugar, es decir, que él es apático, aunque presuntuoso e incapaz absolutamente para dirigir en este momento negocios tan difíciles, tan delicados y de tan grandes resultados para el restablecimiento de las instituciones republicanas en nuestra patria.

El Sr. Romero hace el papel de una máquina de escribir, de un triste escribiente de oficina y nada más, cuando en las circunstancias presentes se necesitan grandes dotes de talento y una actividad sin igual, para saber buscar los hombres que se necesitan y formar y dirigir un plan que destruya los obstáculos y se pueda llegar a un buen y pronto resultado.

El Gral. Freemont marchó esta mañana para Nueva York; yo lo seguiré dentro de dos días para que arreglemos la ida del comisionado que anuncié a usted llevando las cartas, los pliegos de tanta importancia que le remiten a usted y escribiría también el Gral. Banks, jefe del comité y otros señores de la más alta posición en el Congreso y en el senado. Tan luego como haya marchado el enviado, regresaremos a Washington para seguir nuestros trabajos hasta recoger los laureles de la más espléndida victoria.

Concluyo mi carta asegurándole a usted que hechos muy grandes, que admiren al mundo, presentaré a usted indudablemente muy pronto. Por mi parte ya usted conoce cuál es mi ambición: elementos para batir y vencer a los enemigos de nuestra patria.

Soy como siempre su amigo y servidor q. b. s. m.

Gaspar Sánchez Ochoa

SE SOLICITA NUEVA CONCESIÓN
PARA EL FERROCARRIL DEL ISTMO DE TEHUANTEPEC

Washington, mayo 16 de 1866

Excmo. Sr. Benito Juárez,
Presidente de la República Mexicana

Muy señor mío y de mi aprecio:

A solicitud de unos señores, amigos míos, los cuales poseen en alto grado un influjo positivo aquí, y otros, entre ellos, los recursos necesarios para emprender y llevar a cabo la empresa de abrir un camino ferrocarril del Atlántico al Pacífico por el istmo de Tehuantepec, me propongo, dentro de corto tiempo, marcharme de ésta para acercarme al supremo gobierno de la República que tan dignamente representa vuestra excelencia, con motivo de pedirle se me conceda a mí o a mis socios los privilegios y requisitos para emprender dicha obra, que, hasta aquí, no ha tenido resultado favorable porque las concesiones antes hechas siempre han caído en manos de meros especuladores, que poco interés tenían en la causa de México. Las propuestas, que tendré yo más tarde el honor de presentar al gobierno de la República, estoy seguro se cumplirán por la presente compañía cuyo agente he sido yo nombrado y, del mismo modo, me lisonjeo, podré yo en algo apoyar la noble causa que defienden los verdaderos mexicanos.

Mientras tanto llegue yo al sitio del gobierno, solicito se sirva V. E. no conceder dichos privilegios a otras personas que acaso pudieran presentarse con el mismo fin. Gustoso le participo la noticia de que por aquí los asuntos de México marchan bien y que se interesa el pueblo así como el mismo gobierno en ver cuanto antes restablecido el gobierno

constitucional en su antigua capital. Igualmente me toca decirle a V. E. que he tenido el honor, por invitación de mi buen amigo don Matías Romero, de acompañar a la Sra. Juárez e hijas en dos de las recepciones del presidente Johnson y en donde recibieron ellas el buen acoso y obsequio que tan justamente merecen y que tanto las autoridades como los particulares están dispuestos a concederles.

Todas ellas gozan ahora de perfecta salud.

Sin más qué decirle por la presente, quedo de V. E. el muy atento y seguro servidor, q. b. s. m.

M. R. de la Reintrie

[Nota autógrafa de Juárez]

Que el Sr. don Emile La Sere, antiguo empresario, pidió hace cerca de dos meses que se librasen las órdenes correspondientes para que las autoridades del Istmo no le pongan obstáculo en las obras que la compañía iba a practicar conforme a la concesión que se le hizo en 1860.

Que no se librasen estas órdenes porque no se tenían a la vista los antecedentes y se dijo al citado La Sere que hiciera su solicitud en forma, para que en su vista y de los antecedentes que existen en el archivo, que está depositado en lugar distante de El Paso (del Norte), se resuelva lo conveniente. Que aún no manda el Sr. La Sere su solicitud y hay tiempo para que el Sr. La Reintrie mande la suya para que cuando llegue el caso se tenga todo presente para resolver lo que mejor convenga.

Junio 22 de 1866.

SANTA ANNA LLEGA A NUEVA YORK

Washington, mayo 14 de 1866

Ciudadano ministro de Relaciones Exteriores
El Paso del Norte

Tengo la honra de manifestar a usted que han resultado ciertos los informes que me dieron sobre la próxima llegada a este país de don Antonio López de Santa Anna y que comuniqué a usted en mi nota número 355, del 10 del actual, pues anteayer llegó, en efecto, a Nueva York y de allí pasó a Elizabeth, pequeño puerto en la costa de Nueva Jersey, a poca distancia del primero.

El *Evening Post* de Nueva York, del mismo día, publicó esta noticia, agregando que el objeto de la visita a este país de don Antonio López de Santa Anna era unir sus esfuerzos a los de los patriotas de México para combatir contra el imperio y que venía dispuesto a reconocer la autoridad del ciudadano Presidente de la República. El mismo periódico decía que se trataba de tener un *meeting*¹ en el Instituto de Cooper, en el que se presentaría el mismo Santa Anna.

Posteriormente la prensa en general se ha ocupado, más o menos, de la venida de Santa Anna y del objeto que traiga y es unánime la opinión acerca de su descrédito, sus ningunas simpatías en México y la falta absoluta de confianza que en él debe tenerse.

Coincidió su llegada con la publicación en el *Herald* de mi carta a Mr. Seward, de 21 de febrero último, de que mandé copia a ese ministerio con mi nota número 127 de la misma fecha, con la que envié al departamento de Estado los documentos que usted conoce y que

¹ Mitin.

demuestran la complicidad de Santa Anna con el llamado imperio. Esa nota y sus anexos fueron tomados de la correspondencia que está en prensa actualmente y ha sido reproducida por muchos diarios.

El único periódico que hasta ahora ha hablado en favor de Santa Anna es *La Crónica*, periódico español que se publica en Nueva York, que es el órgano del capitán general de la isla de Cuba y de la legación de España en Washington. En las tiras adjuntas verá usted el artículo de *La Crónica* a que me refiero y varios editoriales de los demás diarios que comentan la venida de Santa Anna.

Me pareció conveniente desmentir la especie de que Santa Anna estuviese de acuerdo con nosotros y al efecto me valí del corresponsal en esta ciudad, de la prensa asociada de Nueva York y por su conducto envié el parte telegráfico que verá usted fechado el día 13 del corriente y que fue publicado en todos los diarios.

Parece que algunos de sus amigos, como Vidal y Rivas, tratan de organizar un *meeting* en Nueva York y se habla también de compra de buques; pero según los informes que tengo, nada se ha hecho acerca de esto último. Cuidaré de participar a usted lo que ocurra a este respecto.

Me aseguran que Santa Anna dice que él no puede gastar nada de lo suyo y que si los Estados Unidos están dispuestos a enviarlo a México y a pagar todos los gastos de la expedición, irá con gusto. Me dicen también que su plan ha sido que se le entreguen a él los cincuenta millones de pesos que se dice va a prestarnos o garantizarnos este gobierno.

Mr. Seward se fue hoy a Auburn y los periódicos dicen que va a ver a Santa Anna.

Reproduzco a usted las seguridades de mi muy distinguida consideración.

Matías Romero

PROTESTA DEL CLUB MEXICANO DE NUEVA YORK
CONTRA DON ANTONIO LÓPEZ DE SANTA ANNA

En vista de los rumores que se han propagado con motivo de la llegada a los Estados Unidos de don Antonio López de Santa Anna y de los planes que se le atribuyen de mezclarse una vez más en los negocios de la República Mexicana, por él oprimida, esquilhada y traicionada, el club mexicano de Nueva York, que se compone de republicanos adictos a la independencia de su patria,

Considerando:

Que dicho don Antonio López de Santa Anna ha sido el hombre más funesto para México, el origen de todos sus males y calamidades, el promovedor del desorden y de la anarquía, el conculcador de toda ley, el destructor de la libertad, el opresor del pueblo y el desmoralizador de la sociedad;

Considerando:

Que a todos estos títulos, que lo hicieron odioso y provocaron contra su tiranía las revoluciones más populares que se registran en los anales de México, añade el de traidor a la patria, pues, ejerciendo en 1854 la dictadura que usurpó, el más torpe abuso que hizo del poder consistió en autorizar a don José Gutiérrez Estrada para que en su nombre solicitara de las potencias de Europa el establecimiento de la monarquía en México;

Considerando:

Que cuando este crimen se consumó, gracias a la intervención francesa, dicho don Antonio López de Santa Anna, gozándose en la obra por él comenzada, se apresuró a tributar sus homenajes al archiduque Maximiliano de Austria, reconociéndolo como emperador de México;

Y, considerando por último:

Que, si después ha expedido manifiestos en contra del imperio ellos no borran el crimen que antes cometió y no son más que una prueba de que sólo será consecuente a su sistema de constante inconsecuencia y de que no ha recibido del extranjero la recompensa que de su traición se prometía,

Declara y protesta:

I. Que no ve en don Antonio López de Santa Anna, más que el odioso tirano que traicionó la causa de la independencia nacional abusando del poder público.

II. Que cree que sólo su nombre bastaría para manchar la noble y santa causa que defiende el pueblo mexicano; para hacer imposible la consolidación de las instituciones liberales y para asegurar la impunidad de todos los traidores.

III. Que el pueblo mexicano no puede tener fe en la palabra del hombre que siempre lo ha engañado y que, si llegara a verlo en el territorio nacional, reclamaría que en desagravio de la ley y de la moral pública y por amor a la justicia, se le sometiera a juicio y ejemplarmente se le castigara como a reo de alta traición.

El Club Mexicano acuerda publicar estas declaraciones para evitar que se extravíe la opinión pública y que pueda ser sorprendida la buena fe de los hombres generosos que con la causa de México simpatizan y abriga la íntima convicción de que los republicanos de México no

cometerán jamás el irreparable error de deshonorar sus filas, admitiendo en ellas al que fue siempre enemigo de la libertad y, abusando del poder, imploró para México el ominoso yugo extranjero.

Nueva York, mayo 15 de 1866.

Francisco Zarco
Presidente
Juan J. Baz
Francisco Ibarra
Pantaleón Tovar
Jesús Fuentes Muñiz
Francisco Elorriaga
F. González Rodríguez
Andrés Bravo
José Rivera y Río
Pedro de Baranda
Juan A. Zambrano
Rafael de Zayas
Manuel Gamboa Pritchard
Santiago Vicario
Juan N. Navarro
Felipe B. Berriozábal
Jesús González Ortega
Jacobo Rivera
Epitacio Huerta
Luis Legorreta
Rafael Huerta
Pablo Rocha y Portu
Gaspar Sánchez Ochoa
Francisco Guiliaza

General del ejército republicano
de México
Joaquín Villalobos
Francisco Morales
Joaquín G. Ortega
Manuel Quezada
Pedro Santacilia
Eulalio Degollado, hijo
Fernando María Ortega
Juan Urbina
Francisco Paz
José Montesinos
Guadalupe García
Juan Keats
Francisco Venegas
Andrés Treviño
José María J. Carbajal
Juan Moreno
Juan Colindo
José María Carbajal, hijo
José M. Boves
Federico G. Fith
Cipriano Robert
Secretario

SANTA ANNA OFRECE SUS SERVICIOS
AL GOBIERNO REPUBLICANO

Elizabeth Port, Nueva Jersey, mayo 21 de 1866

Excmo. Sr. don Matías Romero,
etc., etc., etc.

Mí distinguido compatriota:

He llegado a los Estados Unidos en vía para nuestra patria, que usted representa aquí dignamente y habría querido estar en disposición de ir a ver a usted a Washington e instruirlo del objeto de mi viaje; pero, no siéndome esto posible por ahora, he comisionado, para que lo hagan en representación mía, a mis amigos los Sres. don Luis Vidal y Rivas, el coronel don Darío Mazuera y don Alejandro Baiz y a don Rafael Pombo que se ha prestado a acompañarlos. Ellos presentarán a usted esta carta y ruego a usted que acoja sus palabras como las mías propias.

No puedo seguir de espectador impasible de las desgracias de nuestra patria y comprendo que mi aparente indiferencia sería un crimen. En las circunstancias presentes, es de urgente necesidad, para el triunfo de la causa nacional, la unión entre todas las facciones, inspirar confianza en el éxito, dentro y fuera del país, una organización vigorosa y unidad de acción. Mis antecedentes y numerosas manifestaciones que se me han dirigido de todas partes de México, de antiguos amigos y aun de adversarios políticos, de imperialistas desengañados y de republicanos más o menos inactivos, me persuaden que soy el llamado a dar el necesario ejemplo del soldado subordinado y del ciudadano desinteresado y a reconciliar los elementos nacionales, para que toda la nación obre como un solo hombre, bajo la dirección de su primer

magistrado y para que el triunfo sea, como debemos desearlo, verdaderamente nacional, satisfactorio a todos y dando toda garantía de una organización definitiva, poderosa y respetable.

No extraño que a mí no se me juzgue todavía con la imparcialidad y justicia de la historia; ese día no ha llegado; cuando él llegue se me podrán aplicar las palabras de Montesquieu: "las faltas de los hombres de Estado, no siempre son espontáneas, frecuentemente son consecuencias necesarias de la situación en que se encuentran y los inconvenientes engendran inconvenientes". Mis enemigos han querido ver en mí un Sila y hoy anhelo probarles que no se me podrá comparar con aquel feroz romano, sino en separarme absolutamente de los negocios públicos, cuando todavía esté en capacidad de influir en ellos. Ya una vez he abandonado voluntariamente el poder público, contando con poderosos medios para sostenerme.

Hoy es mi propósito cooperar a la reinstalación del gobierno constitucional republicano en la capital de México, ver al pueblo en aptitud de organizarlo libremente por medio de sus representantes y, al siguiente día, retirarme a la vida privada para morir respetado y tranquilo en el seno de mi patria.

Mi ardiente ensueño, mi ambición, es luchar otra vez por su independencia y restablecer la República, que yo, el primero, proclamé en 1822, pasar el resto de mis años gozando del amor de mis compatriotas todos y merecer que todos confirmen sobre mi sepulcro el glorioso título de buen ciudadano.

De la decisión y sinceridad de mis intenciones, si es posible que alguno dude de ellas, estoy dispuesto a dar cuantas pruebas se me exijan y, muy lejos de querer obrar por mí solo, promoviendo un conflicto más y una nueva división en el campo constitucional, me adelanto a dirigirme a usted para que nos entendamos sobre la forma en que deba prestar mi colaboración y me permito solicitar de usted que trasmita al Sr. Juárez la presente comunicación, como dirigida a él mismo, en solicitud de sus órdenes.

Yo no dudo que los mexicanos aprovecharemos al fin las lecciones de la experiencia. Hoy no soy conservador ni liberal, soy únicamente

mexicano y tiendo los brazos a todos y cada uno de mis compatriotas. Dentro de pocos días publicaré un manifiesto que espero dejará satisfechos a cuantos desean conocer mis sentimientos y el objeto de mi viaje.

Los señores que conducen la presente podrán dar a usted las explicaciones convenientes y usted puede hablar con ellos como conmigo mismo. Deseo, sin embargo, que llegue la ocasión de hablar con usted y de renovarle personalmente las seguridades de mi alta estimación y aprecio.

Soy de usted muy atento servidor y compatriota, que le desea felicidades y b. s. m.

Antonio López de Santa Anna

SANTA ANNA PONE EN MOVIMIENTO
A LOS MEXICANOS EN NUEVA YORK

Mayo 21 (de 1866)

Sigue Santa Anna a la orden del día y siguen los comentarios, a cual más disparatados, sobre lo que podrá hacer contando, como dicen que cuenta, con las simpatías de Mr. Seward.

Yo estoy dado a mil demonios y desearía vivir entre salvajes donde no hubiese periódicos, ni politiqueros porque esto es verdaderamente insoportable. Me dan ganas de irme al Senegal, a la Oceanía, al Saltillo, a cualquiera parte, en fin, donde viva la gente en el mayor estado de embrutecimiento pero donde haya siquiera paz y tranquilidad.

A medida que van pasando días, van aumentándose los temores de que Santa Anna haga algo y son divinas las suposiciones que se hacen sobre el particular. Hoy, por ejemplo, decía Berriozábal: "Es un hecho que don Benito jamás tratará con los franceses y menos consentirá en reconocer como deuda las armas que aquellos han gastado en su expedición; pues pondrán a Santa Anna que es un miserable y pasará por todo". Esto no es descabellado; pero los mismos que así razonan atribuyéndole esas ideas a Napoleón, dan por seguro que Seward entra en el complot y dará a Santa Anna todo género de recursos. Aquí entra la barbaridad y aquí es donde yo me desespero con tanto desatino.

Por supuesto los más chistosos en este certamen de desatinos, son los que temen — ¡y lo temen con tanta formalidad!— que usted se deje engañar por Santa Anna y consienta en aceptar sus servicios, etc.

Cuando Margarita comió en la casa de Mr. Seward, éste le dijo: "Espero que dentro de un año veré en México a mis dos amigos, a Juárez y a Santa Anna". Margarita le dijo al intérprete —que era el ministro por Colombia—: "Dígale usted —a Seward— que verá a uno o a otro; pero

no los dos". Esta respuesta ha gustado mucho a los mexicanos y la miran —así piensa Baz— como una nueva garantía de que usted no contará con el exdictador. ¿No es verdad que todo esto es para desesperar a un santo?

A otra cosa; tanto Santa Anna como (González) Ortega propalan la voz de que usted ha vendido a una compañía americana el estado o territorio de la Baja California; saben que el proyecto de colonización y explotación de minas concedido a Leese no es ni puede ser una venta del país y de su soberanía; pero explotan la credulidad posible de los tontos diciendo esas necedades. Yo he hablado de esto a Romero en carta de hoy y le sugiero la idea de que aclare el asunto oficialmente, haciendo siquiera que Mariscal, como secretario de la legación, dirija una carta a la asociación de la prensa, etc. ¿Lo hará? Seguramente lo hará si encuentra bien el pensamiento. ¿Lo encontrará bueno? ¡¡¡Quién sabe!!!

Hoy hemos tenido una buena noticia, los españoles intentaron bombardear al Callao y salieron mal librados, pues, al decir de los papeles, tuvieron que retirarse porque casi todos los buques de la escuadra salieron en mal estado. ¡Bien por el Perú!

Nada se dice de (González) Ortega. Pobre Chucho. Santa Anna lo ha eclipsado lastimosamente. Aún no se marcha Huerta, el único que se ha ido es Patoni. Por Antonio Carbajal sé que Patoni no es querido en Durango, que nada podrá hacer allí; porque no puede organizar un solo hombre, etc. Ya sabrán lo que hacen para utilizar todo esto.

Le mando esa carta de Godoy recibida esta mañana, para que vea cómo andan las cosas por el Pacífico. Bien por todas partes.

Dentro de pocos días tendremos vapor de México y de Europa.

¡Quiera Dios que tenga muchas y buenas noticias que comunicarle!

Hasta otra ocasión. Recuerdos a todos, todos y usted mande a su hijo y amigo.

Santa

Mayo 22 (1886)

Va una tira de periódico con las noticias más importantes de Europa.

Como usted verá sigue creciendo el peligro de la guerra europea. Vea usted la actitud del ministro americano en Viena y el buen resultado de su exigencia.

Hoy publica el *Herald* una larga carta de San Francisco de California. Confirma cuanto sabemos y sabrá usted sobre el espléndido triunfo alcanzado por Corona contra franceses y traidores, etc. Sólo remito a usted el magnífico párrafo que se refiere a González Ortega.

Por si no la conoce usted le mando esa interesantísima carta de Brincourt a Douay, que fue interceptada por Escobedo y publicada en el *Boletín* de Brownsville el 15 del pasado. ¡Magnífico!

Día 22 (de 1866)

Hoy publican los periódicos las últimas noticias de Europa traídas por un vapor que entró anoche.

El ministro de los Estados Unidos en Viena, sabiendo que el gobierno austriaco pensaba mandar algún refuerzo a Maximiliano, pasó una nota a dicho gobierno, diciéndole categóricamente, que pediría sus pasaportes si se embarcaba un solo soldado para México. El gobierno de Austria acordó prudentemente el desbandamiento de la fuerza que estaba reunida y el pobre Max se quedó naturalmente sin el apoyo que le destinaba su afectuoso hermano Francisco José.

Siguen los aprestos militares en Austria, Prusia e Italia. ¡Cuánto tardan esos miserables en irse a las manos! Yo no me atrevo a creer que habrá guerra, precisamente porque la deseo de corazón.

He hablado varias veces con Carbajal —Antonio— y si he de juzgar por lo que él dice, por su aparente sinceridad, por la fuerza de sus mismos razonamientos, etc., debo creer que está con nosotros y aprueba los actos del gobierno. Pero dicen que con (González) Ortega habla de otro modo y no sabemos qué creer. Yo me inclino a creer que está

realmente de parte de usted. Los hechos demostrarán la verdad a su tiempo.

El suegro de Santa Anna, Vidal y Rivas, dijo a González Ortega que él mismo —el suegro— había escrito la comunicación, carta o lo que sea, que el ex-dictador había mandado a usted. ¿Será cierto? ¿Se atreverá, en efecto, Santa Anna a ofrecer a usted sus servicios? Por Dios, escriba usted pronto para que estemos autorizados aquí para decir que miente; Santa Anna asegura que están en relaciones con usted. Sabemos que jamás podrá ese miserable ser admitido por el gobierno; pero necesitamos un documento cualquiera de usted o de los ministros para decírselo al pueblo americano, que cree posible la unión porque imagina estúpidamente que Santa Anna está arrepentido, etc., etc., etc.

Ya he dicho antes que (González) Ortega y los suyos procuran desacreditar el gobierno, diciendo que el gobierno está de acuerdo con el cojo. Esa pobre gente ya no sabe qué hacer. Por fortuna son enemigos impotentes y tienen que apelar al recurso de las mujeres, es decir, a los chismes y a las mentiras.

Hemos hecho imprimir 1,000 ejemplares de la protesta del Club contra Santa Anna para hacerla circular por todas partes. Acompaño a usted un ejemplar.

Basta, me llaman a comer.

Santa

Día 23

Hoy hace tres años que me casé con mi Nela, todos estamos buenos y María tan chula, tan graciosa, tan inteligente como siempre.

Vaya un hecho que merece mención particular; Vicario, para probar que Santa Anna está unido con usted, dijo hoy a Baranda: "Observe usted cómo Benítez y Zavala, que son oaxaqueños, amigos y paisanos de Juárez, no han querido firmar la protesta contra Santa Anna, porque saben que don Benito está enteramente de acuerdo con el ex-dictador".

Dice Andrés Bravo que Patoni comisionó a un ayudante suyo llamado Ramos para que fuese a recibir un armamento a San Francisco de California. Parece que el Ramos salió de San Antonio de Béjar. Tomen ustedes nota.

Me han asegurado que Santa Anna piensa permanecer aquí sólo tres meses. ¿Pensará que le basta ese tiempo para poner en planta sus proyectos sean los que fueren? Veremos.

Hoy escribo a Saavedra mandándole dicha protesta contra Santa Anna y pasado mañana irán a México 1,000 ejemplares que tenemos ya listos.

MAGNÍFICA RESPUESTA DE ROMERO A SANTA ANNA

Washington, mayo 25 de 1866

Sr. don Antonio López de Santa Anna
Elizabeth Port

Muy señor mío:

Los Sres. don Luis Vidal y Rivas, coronel don Darío Mazuera, don A. Baiz y don Rafael Pombo, comisionados de usted, pusieron en mis manos la carta que se sirvió usted dirigirme desde esa ciudad con fecha 21 del que cursa, comunicándome su llegada a este país, en camino para México, a donde, según me dice usted, desea ir a pelear por la independencia de la patria, bajo la dirección de su primer magistrado.

De conformidad con la recomendación que me hace usted en su carta citada, para que la trasmita yo al Presidente de la República, envié ayer mismo copia de ella al ministro de Relaciones Exteriores y Gobernación.

He oído con interés lo que los referidos señores me han manifestado en nombre de usted, sobre sus intenciones y los motivos que han guiado su conducta. Para evitar malas inteligencias, creo conveniente consignar aquí, por escrito, la respuesta que les he dado, con objeto de que la trasmitan a usted como resultado de su comisión.

Si usted no hubiera sido el primero en solicitar el establecimiento de una monarquía europea en México, cuando ejercía el poder supremo de la nación y si no hubiera usted reconocido y apoyado la intervención que el emperador de los franceses ha llevado a nuestra patria, según aparece de documentos recientemente publicados, no creo que hubiera dificultad en que el gobierno de la República aceptara y utilizara los

servicios de usted, pues que tratándose de una guerra extranjera tan sagrada como la presente, todas las diferencias de partido deben desaparecer y, a mi juicio, ni el presidente se consideraría, en tal caso, con derecho a impedir que los mexicanos deseosos de defender a su patria cumplan con su deber.

Pero, desgraciadamente, en el caso de usted, hay circunstancias especiales que hacen cambiar el aspecto de la cuestión. Además de estar usted ahora con la mancha de haber reconocido y dado el peso de su influencia, al proyecto traidor de derrocar al gobierno nacional de nuestra patria y establecer otro que lo constituyera en dependencia de la Francia, hay la circunstancia de que, durante los últimos años de su vida, ha estado usted íntimamente asociado con el partido conservador de México, partido que, como usted sabe, ha sido el promotor y sostenedor del proyecto antipatriótico antes mencionado.

Esto haría temer que, en la participación que tomase usted en los asuntos de la República, tratase o de promover alguna revolución, como otras veces lo ha hecho, en favor de ese partido y con objeto de dejar impunes a los miembros culpables de él, lo cual sería un nuevo trastorno y un gran mal para nuestra patria, pues así quedarían defraudadas las justas esperanzas de nuestro pueblo o, por lo menos, que procurase usted levantar una nueva bandera, ocasionando así nuevas divisiones que cederían en provecho de nuestros invasores.

Todas estas circunstancias hacen que sea una cuestión difícil, a mi juicio, la de decidir si conviene a los intereses de nuestra patria el que los servicios de usted sean o no aceptados. Esta cuestión, tanto por la gravedad que en sí tiene como por el conocimiento que requiere de las circunstancias de la nación, solamente podrá ser decidida por el primer magistrado de la República, a quien el pueblo mexicano ha confiado sus destinos.

No dudo que usted estará dispuesto a hacer las explicaciones correspondientes y dar las garantías necesarias y tampoco dudo que, en vista de todo esto y de las circunstancias de la República, decidirá el presidente lo que fuere más conveniente a los intereses de la patria.

Entretanto viene la resolución, creo que será deber de usted no emprender nada que pueda ocasionar dificultades o complicaciones al mismo gobierno o a la nación, si los servicios de usted no fuesen aceptados.

Soy de usted, muy atentamente, seguro servidor q. b. s. m.

Matías Romero

EL GOBIERNO APRUEBA LA RESPUESTA DE ROMERO

Chihuahua, julio 6 de 1866

Ciudadano Matías Romero,
Ministro Plenipotenciario de la República Mexicana
en Washington, D. C.

Con la nota número 389, de 24 de mayo último, me envió usted copia de la comunicación que el día 21 dirigió a usted don Antonio López de Santa Anna y con la nota número 391, de 25 del mismo mes, me acompañó usted copia de su respuesta.

Manifestó a usted el Sr. Santa Anna el deseo de prestar ahora sus servicios a la causa de la República contra la intervención extranjera, pidiendo a usted que trasmitiese su comunicación al gobierno y usted le contestó que ya la trasmitía, exponiéndole también los motivos porque juzgaba usted que debía reservarse al gobierno la calificación de si pudieran aceptarse sus servicios.

El ciudadano Presidente de la República ha quedado impuesto de las dos notas y ha aprobado la conducta de usted en este asunto. Desde que comenzó la guerra actual, defendiendo México su independencia y sus instituciones republicanas contra las pretensiones de una intervención monárquica extranjera, ha sido regla constante del gobierno de la República que, por las diferencias anteriores puramente políticas, de ningún modo se rehusase aceptar los servicios de todos los mexicanos, que de buena fe quisieran, voluntaria y lealmente, defender la causa de su patria. Muy lejos de oponer dificultades a los que han obrado así, impulsados por un noble patriotismo, el gobierno ha estimado justamente y ha aceptado con satisfacción los servicios de aquellos a quienes pudo considerar antes como adversarios políticos. Muchos están combatiendo

en la actualidad bajo la bandera del gobierno y otros consumaron ya su consagración a la patria, con una muerte gloriosa.

Si el gobierno pudiera considerar al Sr. Santa Anna en aquella condición, ni un momento vacilaría en aceptar y agradecer la oferta de sus servicios; pero los gravísimos cargos que aparecen en toda su conducta anterior, no permiten tener ninguna seguridad de la lealtad de sus intenciones, ni siquiera alguna duda que pudiera inclinarse en su favor.

No es ésta la ocasión de mencionar los numerosos cargos que han hecho y hacen contra él los hombres honrados de todos los partidos y de todas las opiniones, considerándolo como el primero y el más eficaz promovedor de la anarquía, de la inmoralidad y de la corrupción. Basta ahora mirar, preferentemente, la parte principal que ha tenido para poner en peligro la independencia y para acarrear sobre su patria todos los males de la invasión extranjera.

En los documentos publicados por sus mismos cómplices, se ha visto que, siendo jefe del gobierno de la República, solicitó en 1854 la intervención europea; que siguió pidiéndola después y que, en cuanto se pensó traer a Maximiliano como instrumento de ella, le ofreció sumisamente su persona, su influencia y sus servicios. Apenas hace dos años que el Sr. Santa Anna vino al territorio nacional con la esperanza de obtener el premio de su traición, protestando solemnemente que el último pensamiento de su vida era la monarquía y su último deseo someterse a un poder extranjero. Defraudadas sus esperanzas, rechazado y desterrado por sus mismos cómplices que temieron ser traicionados después por él, todavía no se resolvió a servir a su patria, ni aun movido por el resentimiento de los ultrajes que había recibido. Parecía entonces poderosa la intervención y él no quiso participar de los peligros de los defensores de la patria. Hasta dos años después, ha venido a ofrecerle sus servicios, cuando ha visto que ya está próxima a sonar la última hora de la intervención.

Si los que encabezados por él llamaron al extranjero creyeron tener fundados antecedentes para desconfiar y temer que después los

traicionase, mayor sería la desconfianza y el temor que tuviesen, mirándolo a su lado, los defensores de la República.

Recordando que se ha filiado en todas las banderas, que ha proclamado todas las causas y que recientemente protestaba su final adhesión a la monarquía extranjera, no querrían combatir en el mismo campo temiendo que los entregase y no querrían unirse a él, ni menos ponerse bajo sus órdenes, temiendo que maquinase su perdición. Hasta temerían, como ya algunos lo han dicho, que viniese enviado por la intervención extranjera para introducir un elemento de discordia entre los defensores de la República y para que al terminar la intervención tuvieran en él un amigo y un favorecedor los mismos que la han sostenido.

Aun suponiendo que ahora fuesen leales las intenciones del Sr. Santa Anna, la constante sospecha que infundirían sus antecedentes haría no sólo inútil en estas circunstancias sino muy perjudicial la admisión de sus servicios. Aunque el gobierno quisiera depositar en él alguna confianza, no cree posible que la tuviesen también los defensores de la causa nacional. Para no creer en las nuevas protestas de su patriotismo, repetirían que ha violado antes todos sus juramentos y que ha quebrantado antes sus más solemnes compromisos. Para no creer en sus nuevas protestas de lealtad a la causa de la República, repetirían los cargos que se le han hecho, de que, como militar, ha sido desleal a todos los gobiernos que lo han empleado; que, como jefe de gobierno, ha sido desleal a todos los partidos que lo han apoyado y que, como mexicano, ha sido últimamente desleal a la causa de su patria.

Por estas consideraciones, el Presidente de la República no cree de ningún modo compatible con sus deberes admitir la oferta que el Sr. Santa Anna ha querido hacer ahora de sus servicios. Tampoco cree que sus manifestaciones o protestas de patriotismo pudieran ser de ningún modo suficientes para que se le considerase sincerado de los muy graves cargos que existen contra él.

Habiendo pedido a usted el Sr. Santa Anna que trasmitiese al gobierno su comunicación, sírvase usted trasmitirle esta respuesta.

Protesto a usted mi muy atenta consideración.

Sebastián Lerdo de Tejada
Ministro de Relaciones
Exteriores y de Gobernación

LOS MEXICANOS RESIDENTES EN NUEVA YORK
REFUTAN A SANTA ANNA

Nueva York, junio 20 de 1866

El manifiesto que el Sr. don Antonio López de Santa Anna dirigió a sus compatriotas, desde Elizabeth Port el 5 del corriente, sugiere tantas y tan variadas reflexiones a los que conocen un poco la historia de México que, para exponerlas todas, sería menester escribir un volumen bien abultado. Como nosotros, apenas supimos que el Gral. Santa Anna quería mezclarse de nuevo en nuestros asuntos políticos, publicamos una protesta en contra de sus pretensiones, que no se extrañará que hoy expongamos algunas de las principales reflexiones que nos han ocurrido a la simple lectura del documento mencionado.

Comienza el Sr. Santa Anna por sentar ciertas máximas generales de moral histórica que, si han de tener alguna aplicación a nuestro país, envuelven conceptos absolutamente erróneos. Habla de los castigos que el cielo envía a los pueblos que abusan de los dones y ventajas con que los favoreció la providencia y, haciendo luego la correspondiente aplicación a nuestro país, dice estas palabras:

Nuestras riquezas y nuestras dichas de otros tiempos fueron causa de que nuestras virtudes cívicas, minadas por el lujo y la molicie, fuesen desapareciendo de día en día (*Manifiesto*, p. 5).

Sentimos mucho que el Sr. Santa Anna, que por tantos años ha representado un papel prominente en la historia de México y debiera conocerla, autorice con su voz aserciones que, aunque repetidas por todo el mundo, no pasan de vulgaridades a la luz de la buena filosofía. Ni hemos sido nunca ricos, ni dichosos, ni muelles. Nuestro país, aunque

dotado de muchos elementos de riqueza, principalmente mineral, ni ha desarrollado ni podido desarrollar esos elementos, por causas naturales y sociales enteramente ajenas de la voluntad del pueblo mexicano.

La configuración del suelo de nuestro país, sus numerosas e inmensas montañas, su falta de ríos navegables y aun de agua en una gran parte de su territorio son desventajas naturales que han tenido mucha parte en retardar los progresos de la civilización, impidiendo, o dificultando muchísimo, la primera condición de todo progreso moral y material: las vías fáciles de comunicación.

El estado lamentable de atraso y casi de barbarie en que nos dejó la ignorancia de nuestros conquistadores, las ideas de intolerancia y fanatismo que de ellos heredamos, han sido otra de las rémoras que han retardado el engrandecimiento de México y, en general, de todos los pueblos hispanoamericanos.

En estas causas, independientes de nuestra voluntad, que no nos han dejado a fe ser ricos ni dichosos, encuentran todos los hombres pensadores el verdadero origen de nuestras revoluciones y de nuestro malestar constante y no en ese supuesto abuso de dones y ventajas que se exageran con tanta ligereza. México puede ser y será en efecto dichoso pero no ha podido serlo todavía, porque en el orden de la naturaleza es imposible que un niño recién nacido tenga la fuerza de un atleta.

La resistencia verdaderamente heroica que está oponiendo hace cuatro años a sus invasores el pueblo mexicano, ¿no cree él Sr. Santa Anna que es una buena prueba de que las virtudes cívicas de ese pueblo han aumentado en vez de disminuir?

Al hablar de sí mismo, el Sr. Santa Anna no quiere que se le acuse de veleidoso. Sea en buena hora, pero el mismo señor, eligiendo una de las épocas de su vida, no puede menos de confesar que muda de opinión con suma facilidad, pues era republicano ardiente en 1822; republicano tibio y desanimado muy poco después; monarquista desde 1853 hasta 1864 por lo menos y, otra vez, republicano decidido y partidario de la libertad constitucional, en 1866. Si a esto agregásemos el tiempo en que fue partidario y sostenedor como militar de la dominación española, vería

que si la calificación de veleidoso le parece muy dura, no nos podrá negar la razón que tenemos para apellidarle siquiera inconstante y ligero.

Una de las pruebas de ligereza por lo menos que dio el Sr. Santa Anna, consistió en haberse engañado acerca de los verdaderos objetos de la intervención tripartita, suponiéndola, aunque fuese por un momento, sin otro fin que el de procurar la dicha de México. Bastaba el más ligero conocimiento de la historia y del corazón humano, para saber que nunca las naciones gastan su sangre y sus tesoros desinteresadamente por el solo placer de hacer bien. Pero había más, todos los hombres sensatos, todos los periódicos independientes de todos los países, señalaban con la mayor claridad el verdadero objeto de las tres potencias al intervenir en los asuntos de México: la destrucción de las instituciones republicanas a favor de la guerra civil que ensangrentaba el territorio de los Estados Unidos. Todos decían y entre otros el Gral. Prim, cuya voz autorizada no podía ponerse en duda, que la República Mexicana iba a ser destruida y reemplazada con una monarquía a cuya cabeza había de estar el archiduque Maximiliano de Austria. El mismo Sr. Santa Anna desde San Thomas, con fecha 30 de noviembre de 1861, es decir, antes de que las fuerzas aliadas hubiesen llegado a Veracruz, escribía a su antiguo amigo y agente don José María Gutiérrez Estrada, lo siguiente:

El candidato de quien usted me habla —su alteza ilustrísima el archiduque Fernando Maximiliano— es inmejorable, por consiguiente, me apresuro a darle mi aprobación.

Parece, pues, que el Sr. Santa Anna conocía tan bien, o mejor que otro cualquiera, que el verdadero objeto de la intervención era destruir la República y sustituirla con un príncipe extranjero apoyado en bayonetas extranjeras. Sin embargo, el Sr. Santa Anna dice que estaba ignorante de lo que sucedía y por eso juzgó "preciso trasladarse a todo trance al teatro de los sucesos para investigar el proceder" y las tentativas de la intervención... "y para velar por las garantías y libertad de sus compatriotas" (*Manifiesto*, p. 7). He aquí la explicación natural de por qué volvió a su país en 1864.

Nos permitirá que nos tomemos la libertad de recordarle los siguientes hechos.

El 28 de febrero de 1864, día siguiente al de su arribo al puerto de Veracruz, dirigió a don Juan de Dios Peza, que se titulaba subsecretario de Guerra y Marina de la regencia, una comunicación en la que le participaba su llegada y le decía estas palabras terminantes:

Al decidirme a volver a mi país natal, abrigo el propósito de cooperar, en cuanto de mí dependa, a la consolidación de la forma de gobierno que la nación ha creído conveniente adoptar a la sombra benéfica del trono en que va a sentarse el ilustre príncipe, señalado en los altos consejos de la divina providencia para sacar a la nación del abismo de infortunios en que había sido precipitada por la anarquía.

Pongo en conocimiento de la regencia que puede contar con mis pobres servicios y dictar las órdenes que estimare convenientes al decano del ejército mexicano.

Estos conceptos clarísimos, suscritos por el Sr. Santa Anna, están en perfecta consonancia con la expresiva y sumisa carta que desde San Thomas dirigió al archiduque Maximiliano poco antes, el 22 de diciembre de 1863 y con el manifiesto a la nación que vio la luz pública en Orizaba y fue causa de la orden de reembarque fulminada por el Gral. Bazaine.

Entre 1,000 y 1,000 alabanzas al archiduque y 1,000 y 1,000 protestas de obediencia, el Sr. Santa Anna le dice lo siguiente:

Si me hubiera encontrado en posibilidad de seguir a la comisión mexicana, V. A. I. hubiera oído por la voz de uno de los próceres de la independencia, por el que ha ocupado tantos años el primer lugar entre sus conciudadanos, ratificar lo que el digno presidente de ella expresaba con tanta elocuencia como sinceridad.

En la misma carta decía, que el imperio con Maximiliano como emperador, era el "único remedio" que podía curar los males de México, la última "aurora de sus esperanzas" y concluía con estas sentidas palabras:

Dígnese V. A. I. reconocer en el decano del ejército mexicano a un adicto y desinteresado amigo y al más obediente servidor, que le desea las mayores felicidades y atentamente besa las imperiales manos de V. A. I.

El Sr. Santa Anna manifestaba en esa fecha, no muy remota por cierto, un entusiasmo y una abnegación en favor del imperio, que dejan muy atrás sus protestas de ahora en favor de la República.

El manifiesto de entonces, parecido sólo en esto al manifiesto de ahora, comienza por pintar con los colores más halagüeños el estado bonancible y próspero de México durante la última dictadura del Sr. Santa Anna, opinión de que no participó sin duda el pueblo mexicano, pues se levantó en masa contra S. A. S. —como entonces se hacía llamar el mismo señor— y le obligó a abandonar violentamente el territorio de la República. El resto de este documento está consagrado a censurar acremente a todos los gobiernos republicanos de México y de todos los países hispanoamericanos y muy especialmente al presidido por el Sr. Juárez, por ese "buen patriota" como con tanta justicia le llama en su manifiesto de ahora y a manifestar su completa decisión por la monarquía y por Maximiliano.

"En los momentos solemnes", decía entonces, "el hombre de bien debe exponer la verdad con franqueza y sinceridad... Han pasado las ilusiones de la juventud a la vista de tantos desastres producidos por aquel sistema —el republicano— y no engañaré a nadie; la última palabra de mi conciencia y de mi convicción es la monarquía constitucional".

Entonces no se limitaba el Sr. Santa Anna a encomiar la monarquía y al archiduque, sino que encargaba muy especialmente a los mexicanos que conservásemos en "nuestra memoria al monarca magnánimo —Luis

Napoleón— que tan oportuna y generosamente nos había alargado su mano poderosa. El agradecimiento es la virtud de las almas nobles".

¿Y con estos datos no nos será permitido dudar del manifiesto de ahora, en que nos asegura, bajo su palabra, que iba a "investigar el proceder y las tentativas de los nuevos interventores y a velar por las garantías y libertades de sus compatriotas y no a buscar una posición elevada al lado del archiduque"?

Continúa el Sr. Santa Anna en su manifiesto de ahora:

No tengo compromiso alguno con el imperio, pertenezco a la república y en presencia del peligro de la patria desaparecen de mi vista todas las denominaciones de los partidos. No soy conservador, no soy liberal; soy mexicano (*Manifiesto* de 1866, p. 8).

El contraste es tan palpable, que cualquiera no podrá menos de preguntar a qué se debió tan maravillosa conversión. El Sr. Santa Anna, previendo la pregunta, nos da la respuesta:

El Gral. Bazaine me lanzó con rudeza fuera del territorio y hube de reembarcarme a poco de mi llegada.

No estoy resentido, estoy más bien contento del ultraje, porque a él le debo no haber contraído compromisos que tal vez las circunstancias me hubieran impuesto y haber abierto los ojos con respecto a las intenciones de la intervención (*Manifiesto* de 1866, p. 7).

En una palabra, el duro tratamiento del Gral. Bazaine hizo que el Sr. Santa Anna dejase de ser partidario de la intervención y no creemos violento inferir que hoy sería uno de sus más esforzados sostenedores, si en vez de la orden para reembarcarse hubiera recibido una condecoración y el nombramiento de comandante de alguna fuerza imperial.

No puede negarse que procedió con lógica, se indispuso contra la intervención porque fue maltratado por el Gral. Bazaine que la

representaba y se dirigió o dijo al menos que iba a elevar su queja al emperador francés para obtener la reparación debida —Respuesta del Sr. Santa Anna al Gral. Bazaine. Marzo 12 de 1864. Este monarca aprobó sin duda el proceder del jefe de su ejército, pues el Sr. Santa Anna no recibió, al menos que sepamos, satisfacción alguna.

Pero ¿y su enojo contra Maximiliano? El Sr. Santa Anna nos va a despejar esta nueva incógnita:

¿Qué favores he merecido del archiduque? Con su silencio dio plena aprobación a la violencia que se usó contra mi persona". (*Manifiesto* de 1866, p. 10).

Creemos que pocas explicaciones podrán darse más perentorias, el Sr. Santa Anna conoció que era mala y antipatriótica la intervención, porque el Gral. Bazaine le mandó que se reembarcase; perdió toda su fe en la monarquía y todo su entusiasmo por Maximiliano, porque éste aprobó con su silencio la conducta del general francés. Apelamos al buen sentido de todo el mundo para que declare si obran temerariamente los antagonistas del Sr. Santa Anna al dudar de su conversión y al suponer que en 1864 iba a México en busca de una posición elevada al lado del archiduque y no a velar por las garantías y seguridad de sus compatriotas.

Siguiendo un poco adelante la lectura del manifiesto de ahora, encontramos que el Sr. Santa Anna trata de sincerarse de la acusación de haber pretendido alguna vez ceñirse la diadema imperial. En efecto, las apariencias lo condenaban.

En la dictadura que ejerció en México, de febrero de 1853 a agosto de 1855, imprimió un curso tal a la política, que casi todos, ignorantes y sabios, extranjeros y mexicanos, suponían que aspiraba a proclamarse emperador de México. Suprimió toda sombra de representación nacional, todo vestigio de elección popular, todos los empleados públicos, empezando por los gobernadores de los departamentos y acabando por el más insignificante subprefecto, eran nombrados por él, directa o indirectamente. Ordenó que se diesen también de palabra los tratamientos oficiales que, según las leyes de la República, sólo debían darse por

escrito; revivió la orden de los caballeros de Guadalupe que había fundado el emperador Iturbide y se declaró, por supuesto, gran maestre de la orden, cambiando el título de excelencia que hasta entonces habían tenido los Presidentes de la República, por el de alteza serenísima; creó un cuerpo de ejército de las tres armas al que vistió con ricos y costosos uniformes y denominó guardia de su alteza; en una palabra, hizo tantas y tales cosas, que no podrá menos de confesar que no procedían muy de ligero los que le atribuían las intenciones de coronarse. Y esto pasaba en 1853 y 1854, cuando estaba todavía muy fresca la memoria de monseñor el príncipe presidente de la República francesa y del golpe de estado del memorable 2 de diciembre de 1851.

Aún hay una circunstancia que ignorábamos y que el Sr. Santa Anna nos revela ahora:

Los comandantes generales y los gobernadores de los departamentos, sólo aguardaban mi beneplácito para proclamarme emperador el día de mi natalicio... para ceñirme la corona imperial hubiérame bastado alargar la mano (*Manifiesto* de 1866, p. 9).

Nos permitirá el Sr. Santa Anna que le hagamos una ligera observación: No dudamos un momento que los comandantes, generales y gobernadores electos por S. A. hayan estado dispuestos a proclamarle emperador, pues cosas peores se vieron en el senado romano en tiempo de Tiberio; pero sí dudamos muchísimo que el pueblo mexicano, que no lo pudo sufrir de dictador y le obligó a salir huyendo en agosto de 1855, le hubiera sufrido de monarca. Podremos equivocarnos, pero convendrá el Sr. Santa Anna en que nuestra duda no carece de fundamento.

Pues bien, a pesar de esas medidas eminentemente monárquicas, las facilidades de hacerse emperador que no quiso aprovechar, son la mejor prueba de que nunca pensó en serlo y si esto no bastare, allí está una prueba concluyente: el pleno poder que dio al Sr. Gutiérrez Estrada en 1º de julio de 1854 "para que cerca de las cortes de Londres y París, Madrid y Viena, pudiera entrar en arreglos y hacer los debidos

ofrecimientos para alcanzar de todos esos gobiernos o cualquiera de ellos, al establecimiento de una Monarquía, derivada de alguna de las casas dinásticas de estas potencias".

Aquí no podemos menos de confesar que la argumentación del Sr. Santa Anna ha sido feliz. Ese documento prueba de una manera inconcusa que, por lo menos el 1º de julio de 1854, el Sr. Santa Anna no pensaba en hacerse emperador, sino en vender a su patria, preparándola para entregarla maniatada en poder de sus conquistadores o de cualquiera príncipe extranjero. Esto que conforme a los principios más obvios de la moral universal llamamos nosotros traición, es para el Sr. Santa Anna un "título de satisfacción, como rasgo de desinterés y desprendimiento" (*Manifiesto* de 1866, p. 10). De igual desinterés y desprendimiento pueden hacer alarde Almonte, Márquez y cuantos traidores trajeron y apoyan hoy a Maximiliano.

"Mas no hay que escandalizarse de esto", continúa el Sr. Santa Anna; "otros hombres notables de México y de sur América tuvieron el mismo pensamiento y el mío se quedó en simple proyecto que no llegó a realizarse".

Si pudieran servir de excusa de un crimen el que haya ejemplos de haber sido cometidos por personas ilustres, deberían cerrarse los tribunales y hasta borrarse del diccionario la palabra moral. Traidores ha habido en todas las naciones y, sin subir a épocas remotas, el Sr. Santa Anna podría haber encontrado, en su homónimo el presidente de Santo Domingo, un ejemplo que no deja que desear.

En cuanto a la no realización de su proyecto, el mismo Sr. Santa Anna tiene cuidado de decirnos que no quedó por él y que no tuvo verificativo "por la guerra (que) por aquel tiempo absorbía la atención de la Europa" (*Manifiesto* de 1866, p. 10).

No nos parece fuera de propósito mencionar la excusa que da por haber reconocido en Veracruz la intervención y a Maximiliano, en otro manifiesto que imprimió en San Thomas el 8 de julio de 1865, cuando el "rudo tratamiento" del Gral. Bazaine le había convertido ya de monarquista en republicano.

"Os debo una explicación", decía el Sr. Santa Anna, dirigiéndose a los mexicanos:

Los periódicos de la capital publicaron mi reconocimiento de la intervención francesa. Ese acto no emanó de mi espontánea voluntad sino que me fue impuesto por la fuerza de las circunstancias.

Apenas ancló en el puerto el vapor que me conducía, cuando se me presentó a bordo el comandante francés, jefe superior de Veracruz, (y) me hizo saber que no se me permitía desembarcar, sino que, al contrario, se me obligaría a volver en el mismo buque, si no suscribía inmediatamente las condiciones que me presentó escritas en francés. Estas condiciones eran que reconociese la intervención y al monarca electo y que no dirigiese al pueblo manifiesto alguno. Tal insolencia sólo pudo excitar mi indignación; pero los sufrimientos de mi señora, causados por una penosa travesía y los consejos de algunos amigos que habían venido a encontrarme, me decidieron a suscribir las condiciones mencionadas.

En la contestación dirigida al Gral. Bazaine por el Sr. Santa Anna desde Veracruz, a 12 de marzo de 1864, dice este señor que "como no sabe francés" al firmar creyó que sólo quedaba comprometido "a reconocer la intervención y a Maximiliano", pero no a permanecer mudo. Entre estos documentos hay una perfecta conformidad, en cuanto a que el Sr. Santa Anna reconoció al emperador Maximiliano y la intervención francesa y una discordancia completa en cuanto a la explicación del hecho.

En 1864 decía al Gral. Bazaine que había firmado sin saber lo que firmaba por estar las condiciones en francés y en 1865 aseguraba que las proposiciones del comandante de Veracruz le habían causado indignación, lo que, a ser cierto, probaría que las había entendido.

¿Pero a qué insistir en hacer cargos? dice el Sr. Santa Anna en su manifiesto de ahora, pequé y me arrepiento y para hacer olvidar todos

mis errores aquí me tenéis dispuesto a combatir y a morir, si es necesario, en defensa de la independencia, de la república y del gobierno constitucional al cual me someto:

¿Qué mexicano, sin provocar el ceño de la historia, pudiera rechazar mis servicios, negarme el derecho de lidiar y morir, si necesario fuese, en defensa de nuestros hogares desolados? (*Manifiesto* de 1866, p. 12)... No olvidéis que las querellas domésticas, cuando el suelo de la patria es profanado por un invasor extranjero, son una deserción frente al enemigo (, p. 13). Cesen todas las disensiones entre los patriotas y guárdense todos los odios para la dominación extranjera, que nos llena de oprobio y de ignominia (p. 18).

Por mis precedentes, por mi posición en el partido que se llamaba conservador y aun por mi larga ausencia del país, creo que soy el llamado a reconciliar los ánimos (p.13).

Creed en la sinceridad de mis palabras y de mis intenciones (p. 15).

Por más esfuerzos que hacemos para creer firmemente lo que nos dice el Sr. Santa Anna, no podemos borrar de nuestra memoria que las mismas protestas que hace a favor de la República, hacía unos cuantos meses atrás en favor de la intervención y de Maximiliano. Entonces, con la mano en el corazón, aseguraba que su última palabra era por la monarquía; ahora asegura que no es sino por la república, ¿qué razón podemos encontrar para creer lo último más bien que lo primero?

En cuanto a combatir por la República y ayudar a su triunfo, creemos que el Sr. Santa Anna tiene razón, nadie tiene derecho a estorbárselo. Que gaste en armas, por ejemplo, una parte de sus inmensas riquezas para que aumente el número y poder de los soldados independientes; que vaya al territorio nacional y, enarbolando la bandera tricolor, se lance sobre los advenedizos que profanan el suelo de la patria, sea enhorabuena pero entendámonos bien.

Si hemos de creer lo que asegura el periódico que ha tomado a su cargo en esta ciudad apoyar al Sr. Santa Anna, lo que éste quiere es que el gobierno constitucional le nombre general en jefe de las fuerzas republicanas. ¿Y cabe en el cerebro del Sr. Santa Anna que uno solo de esos ciudadanos beneméritos que, desnudos, hambrientos y desarmados, luchan sin descanso hace cuatro años contra el poder de la Francia por la independencia y la República, se conformará con obedecerle? ¿Cree posible que el gobierno constitucional que representa a ese pueblo, que tiene muy presente la defección de (López) Uruga y otros muchos, que no puede olvidar las protestas que el Sr. Santa Anna hacía ayer, perfectamente contrarias a las que hace hoy, imaginará siquiera entregarle ese ejército que es el sostén de la nacionalidad mexicana? Queremos conceder que el Sr. Santa Anna está convertido de buena fe ¿quién nos responde de que otra enfermedad de su señora, otra celada igual a la que armaron en Veracruz con las condiciones en francés, no le harán entregar al enemigo los elementos que se le confíen para la defensa nacional?

Suplicamos al Sr. Santa Anna se revista de calma y se convencerá de que esas desconfianzas y esas dudas son tan naturales que las abriga toda persona, por extraña que sea a nuestros partidos y divisiones intestinas.

Aún hay otra razón que suplicamos al Sr. Santa Anna pese con imparcialidad. Ese mismo partido que no ha transigido ni transigirá jamás con los invasores, esos ciudadanos armados que él califica con razón de heroicos, son los mismos que han luchado sin descanso hasta conquistar el grande principio sobre que descansa actualmente la constitución mexicana, la libertad civil y religiosa y ese partido conservador, al que ha pertenecido el Sr. Santa Anna y en el que tiene, según él mismo confiesa, un gran ascendiente, ha sido el adversario y opositor constante de aquel principio. Dado, pues, por supuesto que el Sr. Santa Anna obrara con la mayor lealtad en defensa de la independencia, ¿será ligero el que tema que destruirá después del triunfo la obra que no se han atrevido a derribar Maximiliano y los franceses; la obra que quieren atribuirse como título de gloria y popularidad? ¿Y cree el Sr. Santa Anna que estas dudas y

estos temores tan legítimos le dan tal crédito que lo llaman a conciliar los ánimos?

Mucho podríamos añadir; basta lo dicho para probar que no es el odio personal al Sr. Santa Anna, que estamos muy lejos de abrigar ni el espíritu de partido, de que prescindimos absolutamente los que nos dictan la protesta que suscribimos el 15 de mayo próximo pasado. Ciudadanos oscuros muchos de nosotros y lejos de todo empleo y cargo del gobierno, tampoco podrá decirse que vemos en el Sr. Santa Anna un rival temible, un estorbo para nuestras aspiraciones. Muévenos sólo el amor de nuestra patria y el deseo de verla independiente y libre.

Francisco Zarco
Presidente

Cipriano Robert
Secretario

MATÍAS ROMERO DEFIENDE SU POLÍTICA
ANTE EL GOBIERNO ESTADOUNIDENSE

Washington, junio 26 de 1866

Sr. don Benito Juárez
El Paso del Norte

Mi muy querido amigo:

Me anticipo a escribir a usted hoy para contestar el punto principal que contiene la carta de 25 de mayo próximo pasado y que es el relativo a los informes sobre nuestros asuntos que trasmito a este gobierno.

Me dice usted que este gobierno es amigo y poderoso y que no debemos ni cansarlo, ni pedirle nada en que pueda desairarnos y herir así o de alguna otra manera nuestra dignidad nacional. Convengo enteramente con usted en todo esto, que he tenido muy presente siempre que he redactado alguna comunicación al Departamento de Estado. Nunca he pedido nada a que no hayamos tenido un derecho claro. Me he limitado a referir hechos, dejando a cada uno que saque las consecuencias que quiera. Hasta ahora, creo que no he cansado a este gobierno, ni puesto a nuestro país en el caso de sufrir desaires por mis referidas comunicaciones. La mayor parte de ellas se me han contestado con muestras de atención por Mr. Seward y si ha habido dilación en contestar a algunas o si se han contestado varias en la misma nota, como ha sucedido algunas veces, esto no ha dependido de Mr. Seward sino del empleado encargado de redactar las respuestas, que era La Reintrie y que, o estaba malo o se ocupaba de hacer traducciones y otras cosas que no le dejaban tiempo para atender a lo mío. La Reintrie se separó ya del departamento y otra persona ha sido nombrada para remplazarlo. Si ésta

gozare de mejor salud o fuese más activa, verá usted todo contestado muy oportunamente.

Yo nunca he pretendido cuestionar el fundamento y la solidez de las opiniones de usted en todo lo que concierne a los negocios públicos, cuando no tienen la forma de mandatos; pero sí creo que respecto del asunto de que ahora me ocupo, pensaría usted de otro modo si estuviera en este país, más cerca de este gobierno y viera todo lo que yo veo. Voy siempre hasta donde creo prudente ir sin peligro de suscitarme la mala voluntad de las personas de este gobierno. Cuando veo que la razón y la justicia, no menos que el derecho está de nuestra parte, no vacilo en levantar la voz y hablar tan alto como si representara a una nación no menos poderosa que los Estados Unidos. De esto nadie puede quejarse aquí. Si siguiera yo un curso distinto, habría sido necesario desanimar a los amigos principales que tenemos aquí; éstos habrían comenzado por despreciarnos y si sólo pensara yo en condescender con este gobierno, habría concluido por (ser) despreciado por el mismo gobierno.

Por lo que me dice usted, ahora veo que en concepto de ustedes, yo he hecho que Mr. Seward se ofenda con el Sr. Lerdo, a causa de la nota sobre el negocio del *express* que le comuniqué sin autorización especial para ello. Creo dé mi deber desvanecer desde luego esa equivocación manifestando a usted que no creo que Mr. Seward se haya ofendido con el Sr. Lerdo por ese motivo; si con alguno pudo ofenderse, fue conmigo y si se llegó a ofender se le pasó a poco el enojo mirando que la razón estaba de mi parte. En las entrevistas que he tenido después me ha manifestado la mayor cordialidad.

En la nota referida no se decía que la comunicara yo a Mr. Seward. Ella, por el contrario, manifestaba muy claramente que había sido escrita con objeto de no trasmitirla. Si yo hice otra cosa, solamente yo soy el responsable de ella y acepto la responsabilidad que me toque, porque estando aquí y mirando los resultados que aquel paso produjo estoy satisfecho de (que) fueron favorables a nuestra causa. Si hubiera yo sabido al enviar tal nota a Mr. Seward, que ese paso iba a desagradar a ustedes tanto, no lo habría hecho, porque cualesquiera que sea mi modo de pensar tengo que subordinarlo al de ustedes que son quienes tienen la

responsabilidad principal ante la nación; pero a mi juicio hice bien en aquella vez y bajo las mismas circunstancias, esto es sin conocer la opinión de ustedes, creo que volvería a hacer lo mismo.

Supuesto que se trata también del Sr. Lerdo, me ha parecido conveniente escribirle a él dándole algunas explicaciones para (que) no crea que lo he puesto en una mala posición con este gobierno.

El jueves volveré a escribir a usted y entretanto me repito su afectísimo amigo, atento y seguro servidor.

Matías Romero